

# EL SIGNO DE LOS DIEZ

JOSÉ CARLOS SOMOZA



  
ESPASA

---

# EL SIGNO DE LOS DIEZ

---

TRILOGÍA DEL SEÑOR X

---

José Carlos Somoza

  
ESPASA

© José Carlos Somoza, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.376-2022  
ISBN: 978-84-670-6365-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

© Diseño de interiores: María Pitironte

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

---

**PRIMERA PARTE**

---

SE ALZA  
EL  
TELÓN

---

¡Oh, Dios mío!, me dije.  
¡Algo grave está a punto de ocurrir,  
y yo solo puedo esperar sentado a que ocurra!

G. J. CLEMENS.

*Mi vida desde la butaca (1874)*



---

# EL LAMENTABLE CASO DEL SEÑOR ARBUNTHOT

---



- 1 -

**T**odo este misterio no va de mí, sino del señor X, pero supongo que podría decir algunas cosas sobre mí.

Y diré que mi nombre es Anne McCarey, que soy enfermera y que en junio de este mismo año de 1882 se me contrató para cuidar de un paciente ingresado en una residencia para caballeros nerviosos en Portsmouth llamada Clarendon House. Un mes después, le clavé un puñal bajo las costillas tras servirle el té.

Por fortuna, le asesté solo una cuchillada y me detuve antes de rematar a mi víctima, consciente del horror que había cometido. A mis gritos acudieron mis compañeras de Clarendon y logramos llevarlo al Royal Portsmouth Hospital, donde estuvo ingresado el resto del verano. Durante ese tiempo, mi paciente, con pocas fuerzas para hablar, porque la puñalada había sido profunda y había perdido mucha sangre, me explicó que un grupo de siniestros individuos llamados «los Diez», que logran controlar la voluntad humana mediante misteriosos teatros, me habían revuelto la cabeza convenciéndome de que si lo apuñalaba, sentiría un inmenso placer.

Bien, así fue.

Sentí un inmenso placer.

De nada servía negarlo.

He sido niña y me he criado en Portsmouth, donde he jugado con mis muñecas y el mar. He conocido a hombres —pocos—, he sido feliz junto a alguno —aún menos—. He visto nacer a mis maravillosos sobrinos. He tratado a pacientes y me he alegrado al verlos mejor. He apoyado la mejilla en la mano para contemplar albas y ocasos. Alguna poesía inolvidable aún corre por mis venas. Todo eso me ha hecho sentir placer, y en eso no creo ser muy distinta de la mayoría de ustedes.

Pero apuñalar a un hombre ha sido, para mí, lo más placentero de todo.

Con diferencia.

Como digo, mi paciente ha intentado explicármelo. Se le da muy bien explicar las cosas más extrañas. Es un maestro en eso. Dice que ha sido ese teatro que hicieron conmigo. Que yo no soy una criminal enloquecida, que no disfruto matando a nadie, que no es nada de eso. Me puso el ejemplo de las cosquillas: no quieres reírte, pero acabas haciéndolo cuando te tocan en ciertos sitios. Es un ejemplo *indecente*, pero sirve. Aquel teatro me hizo cosquillas en la cabeza y mi risotada fue una mueca estruendosa y sangrienta. Algo así. ¿Ustedes lo entienden? Yo tampoco. Pero lo he sentido. Aunque no eran cosquillas ni nada parecido. Era placer. No obstante, aceptaba que mi paciente intentara explicármelo. Por las mañanas me sentaba junto a su lecho y lo escuchaba y asentía, comprendiendo lo que quería decirme. No fui yo. Es decir, fui yo, pero una yo distinta. La de las *cosquillas*. Lo entendía, lo razonaba. Me constaba, de hecho, que así debía de ser porque yo soy buena persona y ni siquiera patearía a un perro callejero que viniera y me mordiese. Porque he soportado mucho dolor callada por procurar una pequeña felicidad a otras personas. Y no crean que digo esto por alabarme. No merece alabanza mostrarse como una es, y yo soy así: fui buena hija, cuidé de mis padres, trabajo cuidando gente y ahora cuido de mi paciente. Todo eso lo sé y no me creo capaz de hacer mal a nadie.

Pero cuando el sol se pone y mi cabeza se apoya en la almohada, vuelvo a preparar ese té, subo la bandeja entre destellos y sonrisas y, con el mismo impulso y la misma alegría, vuelvo a clavar el cuchillo en ese cuerpo pequeño.

Y grito y me despierto. Y nunca sé si he gritado de placer y me he despertado por el horror de lo que he soñado, o si he gritado de horror ante un placer tal que me ha hecho despertarme.

Supongo que todos somos lagunas cristalinas con fango abajo.

Y hay formas de revolver ese fango y ensuciar el agua.

- 2 -

A mi paciente le dieron el alta en el Royal Portsmouth el lunes 4 de septiembre. Su intención —antes de la cuchillada— había sido trasladarse a Oxford para ver a un amigo. No me había dicho quién era, tan solo que era urgente verlo. Pero, tras aquel suceso, quedó muy débil y decidió regresar a la residencia de Clarendon House, donde había pasado el verano sombrío que había concluido con mi intento de asesinarlo. Esta decisión produjo gran alegría en el director de Clarendon, el doctor Gerald Ponsonby, a quien interesaba recuperar a mi paciente porque su familia pagaba con largueza su estancia. Así que organizó un recibimiento majestuoso.

Todo se repite en esta vida menos lo bueno, solía decir mi padre. Y cuando nuestro carruaje se acercó por Clarence Esplanade y volví a ver la sombra de Clarendon House alzándose frente a la playa con su fachada estilo holandés, tejados picudos, chimeneas y gabletes, el mar al fondo velado y gris al atardecer como las córneas de un anciano, no pude evitar sentir cierto resquemor. Allí habían comenzado los acontecimientos de aquel verano terrible y ahora regresábamos.

Era como una premonición.

La cancela de entrada, el murete con una campanilla y el letrero: «Clarendon House. Residencia de reposo para caballeros», seguían iguales. A su lado se aglomeraba el personal: desde el doctor

Ponsonby hasta la última criada, el viento marino agitando chaquetas y cofias. Allí estaban mis compañeras Mary Braddock, enfermera jefa, Nellie Worrington, Susan Trench y Jane Wimpole con su velo de *decencia*; Hettie Walters —que lloraba y sonreía— y las demás criadas; la cocinera, señora Gillespie; el contable, Philomon Weedon, y su ayudante, el joven Jimmy Pigott, que tantos trabajitos hacía para mi paciente. Todos de pie, inmóviles, algunos con la mano en el pecho, como Ponsonby, como si se tratase de esperar a algún dignatario. Cuando Jimmy abrió la portezuela, Weedon se unió a él y, con la ayuda de la fortachona Hettie, instalaron a mi paciente en una silla de ruedas.

El discurso que había preparado Ponsonby quedó en suspenso por darse la circunstancia de que mi paciente estaba durmiendo al llegar. Incluso hacía un ruidillo ínfimo que solo se escuchaba si uno vencía el temor que imponían aquellos extraños rasgos y sus grandes ojos entornados —que nunca cerraba al dormir—, y se acercaba a sus labios: como un grifo abierto en algún remoto rincón de su cerebro, lo cual indicaba que se encontraba en un letargo hondo, las pequeñas manos cruzadas sobre el pecho.

Nadie quiso despertarle.

De modo que, con Jimmy empujando la silla en vanguardia, todos iniciaron un lento cortejo hacia la entrada, encabezado por el doctor Ponsonby y el señor Weedon.

Las enfermeras fueron las últimas, porque creo que quisieron dedicar al menos una mirada a lo otro que venía en el carruaje junto al esperado paciente.

Lo otro era yo.

Me miraban como a un lugar que aún debían examinar de lejos para decidir si acercarse. Por supuesto, todas sabían lo que yo había hecho, se les había ofrecido una explicación más o menos comprensible —«hipnosis», «trance»—, pero yo no les reprochaba aquella desconfianza. ¿Cómo recibes a una enfermera que ha apuñalado a su paciente hasta casi matarlo? Bajé los ojos ante el escrutinio, pálida bajo mi sombrero.

Entonces nuestra jefa, Mary Braddock, rompió el silencio.



—Bienvenida a tu casa de nuevo, Annie. —Y asintió con su gordezuela cabeza.

Nadie dijo nada más y entramos en Clarendon. Yo entré la última.

Todo se repite en esta vida menos lo bueno, solía decir mi padre. Pero no es cierto: las cosas se disfrazan de repeticiones, pero nunca vuelven a ser las mismas.

Y lo malo, usualmente, se vuelve peor. Estaba a punto de comprobarlo.

- 3 -

Esa noche no tuve la pesadilla. Quizá estaba demasiado cansada. Desperté de madrugada, salí en camisón al cuarto de baño que compartíamos las enfermeras, me lavé, regresé a mi habitación y me puse mi uniforme, que me esperaba doblado en la mesita.

Era como si el tiempo no hubiese pasado. Lo pensé mientras volvía a vestirlo por primera vez desde hacía más de un mes. La falda amplia, en negro riguroso, el peto y delantal blancos, el cinto de bolsillos llenos de útiles, los puños y el cuello almidonados, y, como toque final, la altísima cofia de Clarendon. La cofia mitral. Sonreí al coronarme. Fue una sonrisa fugaz. El espejito mal pulido que colgaba de la pared de mi cuarto me mostraba una imagen extraña. El hábito no hace al monje, desde luego.

Me pregunté si volvía a ser, otra vez, enfermera de Clarendon House.

Por lo pronto seguía siendo la enfermera de mi paciente y debía ir a lavarlo.

Lo habíamos dejado durmiendo en la misma habitación que había tenido siempre: la última del ala este en la primera planta. Al entrar aquella mañana, lo hallé muy animado. La criada le había servido el desayuno, del que quedaban pocos supervivientes en los platos, y le había colocado un almohadón para que permaneciera incorporado en la cama. Las cortinas estaban descorridas.

—Buenos y no del todo convencionales días, querida señorita McCarey. ¿Cómo ha transcurrido para usted esta primera noche de regreso a Clarendon?

—Magníficamente —dije en tono neutro—. ¿Y la suya?

—Una de las más largas y reconfortantes que recuerdo.

—En lo de largas no se equivoca: ha estado usted durmiendo desde el mediodía de ayer. —Dejé los útiles de lavado y la muda de ropa en la cómoda. Entonces descubrí el sobre atado por un lacito al pie de un búcaro de petunias frescas. Llevaba las estilizadas palabras «Para el Sr. X», que es como todo el mundo llama a mi paciente, pues carece de nombre—. Tiene usted una carta.

—Oh, sí. Ábrala y léamela, por favor. Me la dejó la criada. Son unas palabras de bienvenida del doctor Ponsonby que, al parecer, no pudo decirme ayer.

—Porque estaba usted dormido.

—Curioso —dijo—. Es la primera vez que me duermo *antes* de que el doctor Ponsonby empiece a hablar. Pero léalas. Ponsonby es considerablemente más conciso cuando escribe. Apuesto a que será breve.

No se equivocaba. Eran apenas cuatro líneas en su estilizada caligrafía.

Apreciadísimo señor:

Nuestro alborozo ante su decisión de regresar a nuestra humilde residencia solo es, no digo superado, pero sí igualado por la conciencia de responsabilidad, deber y deuda que nos posee ante su soberana presencia. Puedo asegurarle, estimado caballero, que en Clarendon House trabajaremos, ahora más que nunca, por que su estancia sea, esta vez sí, digna de su altura.

Suyo affmo.,

Dr. Gerald Ponsonby

P.D.: Por favor, haga extensivo este saludo a la srta. McMurdock.

—Con eso de «la estancia será digna de su altura», ¿ha querido hacer un cumplido o se trata más bien de una amenaza? —comentó el señor X.

Yo ya estaba desabrochando su camión. Es cierto que el señor X, puesto en pie, apenas le llegaría a la mayoría de ustedes un poco por encima de la cintura.

—Hasta usted sabe que una cosa es altura y otra estatura —dije sin sonreír, y por un instante solo pude contemplar la boca sellada de la cicatriz en el pequeño costado.

—No se sorprenda de que el doctor Ponsonby las confunda. Sigue confundiendo su nombre, señorita McCarey.

—Las personas cambiamos menos de lo que nos gustaría.

—Algunas personas se esfuerzan por no cambiar —sentenció.

Me agaché junto a la cama estrujando el paño con agua jabonosa. Aquel críptico comentario era típico de él. Sabía que se refería a mí. Es verdad que me mostraba áspera y distante, pero no podía soportar que no me lo hubiese dicho. Que todas sus palabras fueran para disculparme, en vez de decirme, a las claras: sintió *placer*, señorita McCarey; incluso lo siente ahora, al recordarlo.

Mi culpa no tenía alivio porque mi falta había sido el alivio supremo.

Empecé a pasar el paño por todo su pequeño cuerpo. Era un individuo fino, casi delicado, salvo por su enorme cabeza. Ciertamente, tenía una figura llamativa. No me propongo describírsela a ustedes en detalle, así que no presten más atención de la debida a este párrafo: si quieren ser *indecorosos*, vayan a los teatros. Baste decir que era una persona normal y corriente, pero del tamaño de un niño en lo que al cuerpo respectaba, con una cabeza alta y ovoide de frente despejada, un nido de cabellos en la cima, nariz tan aguileña que parecía peligrosa y ojos grandes y de distinto color: el izquierdo, rojo sangre por un derrame perenne; el derecho, azul por un iris inmenso. Cuando te miraba, el izquierdo parecía condenarte al rojo eterno, mientras que el derecho te enviaba directamente al cielo. Era como si te evaluase la justicia divina.

Y como dicen que la justicia es ciega, supongo que por eso aquellas gemas no podían devolverles a ustedes el favor de admirarlas.

El señor X era ciego de nacimiento.

—¿Querrá por fin hablarme de eso? —me preguntó de sopetón mientras lo secaba.

—¿Hablarle de qué?

—De lo que no quiere hablarme.

—Si no quiero hablarle, sea de lo que sea, no voy a hacerlo.

—Hay cosas que podemos hacer sin querer, señorita McCarey.

—Esta no es una de ellas.

—Oh, pero la que le atormenta *fue* una de ellas. —Me detuve y lo miré. Él no me miraba. Su voz era afable—. En algún momento dejará de tener pesadillas, se lo aseguro.

—¿Ahora espía usted también mis sueños?

—No, es que usted ha dejado la puerta abierta: cualquiera puede verlos desde fuera. Pero, repito, en algún momento dejará de culparse. —Yo no dije nada y le puse el camisón limpio—. ¿Me puede llevar a mi sillón, por favor? —pidió.

Era este un mueble de piel casi descolorida por el uso, de respaldo más alto que un Chesterfield, siempre de cara a la ventana y de espaldas a la puerta. La habitación contaba con pocas cosas más: una cómoda, un velador, dos sillas y una chimenea en la pared opuesta cuyo tiro, me había explicado la criada antes en tono aburrido, estaba estropeado. Podíamos usar la estufa, pero no era de esperar que hiciese mucho frío.

Terminé de atarle su pequeño batín a medida, que habría podido usar un niño, coloqué una almohada en el sillón y cargué en brazos al señor X. Apenas pesaba. Suspiró con deleite cuando lo deposité allí, como una mascota sobre un escabel.

—Mi querido amigo —dijo acariciándolo—, te echaba tanto de menos...

Yo no podía imaginar mueble más cochambroso que aquel sillón, pero me callé.

De súbito fijé la vista en el suelo. Recordé que mi imperdonable acción no había tenido lugar en aquel cuarto, sino en otro donde el

señor X se instaló a última hora, pero el sillón sí había estado presente. Un testigo mudo y acusador.

Reprimí un acceso de llanto y me aparté de la alfombra.

Porque al señor X no le gustaba que llorase sobre la alfombra.

—Señorita McCarey —murmuró allí, echado en el sillón—, nos pasamos media vida culpándonos por lo que hacemos y la otra media haciendo cosas que no queremos...

—Usted también tiene algo de lo que culparse, señor —dije, y las lágrimas me estremecieron.

—¿Y es?

—Haber querido que yo fuese su enfermera personal.

Lloré lejos de él, a solas, como merecía llorar. Oí su voz fatigada.

—Es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Imáginese el tedio de no contar con estos momentos sentimentales en que debo consolarla. —Su broma no tuvo efecto y suavizó la voz—. Todo saldrá bien. No se culpe más por algo que no hizo usted misma...

—Yo no sabía cómo explicarle que no era eso. No era mi acción, era el goce que me había producido. Ese placer, ¿era algo ajeno que los Diez habían puesto en mí? ¿O bien se habían limitado a revelarlo en mi interior? ¿Por qué aquel hombrecillo, tan perspicaz para los misterios, era tan ciego para las contradicciones de una conciencia modesta como la mía? Esperé a que me calmara antes de proseguir en su tono de siempre—. Sea como sea, la próxima vez que lo intenten, no me cogerán desprevenido...

Sus palabras me arrebataron las lágrimas de súbito.

—¿Cree que lo van a intentar de nuevo? ¿Matarle?

—Oh, desde luego. Es el buen propósito que se han hecho este año. No usándola a usted otra vez, claro. De una forma acaso más sutil. Pero hallarán en mí un adversario digno de la talla, como mínimo, que me adjudica el doctor Ponsonby.

Aquello me dejó aturrida. Confieso que cuando mi paciente manifestó el deseo de regresar a Clarendon, abracé la ilusión —quizá estúpida— de que podíamos volver a comenzar desde el principio. Todo como debió ser cuando llegué a aquel mismo lugar y a aquella misma habitación tres meses antes, borrando lo sucedido



después como quien tacha un texto como el que ahora escribo: el caso del Asesino de Mendigos, el cruel Henry Marvel jr., alias «señor Y», miembro de los Diez que suplantó a un pobre médico y casi acaba con nosotros, y el teatro que había revuelto mi cabeza.

Sobre todo esto último. El teatro de las *cosquillas*.

¿Me disculpan si les digo que creía tener todo el derecho del mundo a desempeñar, por fin, mi pobre trabajo de enfermera normal y corriente, mi profesión tranquilizadora y pacífica? Porque, en comparación a lo que había vivido en los últimos tres meses, sangrías, amputaciones, enemas y hasta trépanos craneales me resultaban ya tan aburridos como sacar brillo a la plata de un candelabro.

Y, no obstante, aquel ser retorcido parecía deleitado con la idea.

—Oh, sí, querrán matarme... Y no solo a mí: también a mi amigo de Oxford...

—¿A esa persona que iba usted a visitar?

—El mismo.

—Nunca me habla de él.

—Porque quiero que él hable de sí mismo. No posee mejor carta de presentación que sus palabras, ya lo comprobará.

Yo estaba recogiendo el cubo de agua y la ropa sucia cuando me detuve.

—¿Quiere usted decir que su amigo va a venir aquí?

—Así es.

—¿Por qué no me lo había dicho?

—Estaba esperando a que fuese un hecho seguro. Se hospedaré en la habitación contigua. Ambos corremos peligro y quiero tenerlo cerca.

—La habitación contigua es la del señor Arbunthot.

—Era —recalcó el señor X—. ¿Recuerda cuando Ponsonby me visitó en el hospital? Se lo pedí y se mostró de acuerdo. Ignoro qué arreglos ha hecho Ponsonby, pero mi amigo se hospedaré ahí. ¿Qué día es hoy?

—Cinco de septiembre, martes.

—Vendrá mañana. —Juntó las yemas de sus pequeños dedos—. La historia de mi amigo es la razón por la cual usted y yo

nos conocimos, entre otras cosas menos afortunadas. —Hizo una mueca que solo él creería que se trataba de una sonrisa, pero que, en aquel rostro ovoide de ojos bicolors, habría hecho chillar de miedo a un niño.

Me puse a pensar. Debí de poner una cara de boba absoluta, pero es una de las ventajas de trabajar para un ciego. Tantas noticias en el primer día de nuestro regreso no auguraban nada bueno. Y espolvoreadas con aquella sonrisa, aún menos.

—Es el escritor ese, ¿no? —dije—. El autor de ese libro que me pide que lea, *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*.

—¿Usted lo lee? —dijo sin responderme.

Me encogí de hombros.

—Lo tengo en mi mesilla de noche. Creo que por eso lo leo: no tengo más libros. Ya lo había leído cuando se publicó, pero no lo entiendo más que la primera vez...

—Es un cuento infantil —dijo el señor X.

—Me preocuparía conocer a un niño que disfrutara con eso.

—En ese libro está la *clave* de todo, señorita McCarey.

—¿Qué es todo?

—Todo lo que nos importa. La clave de los Diez.

Era lo que le importaba a *él*, claro. Su obsesión. Desistí de intentar comprender.

—Entonces, ¿su amigo es el autor?

—No. —Su tono de voz fue como si dijera: «Ya quisiera yo tener amigos así»—. Mi amigo es un modesto pastor y profesor de Matemáticas jubilado. Y ahora, si no le importa, necesito a Paganini. ¿Podría pasarme el violín, por favor?

Sus manos pequeñas se tendieron esperando aquel instrumento irreal.

No solía pedírmelo últimamente. Me hizo sonreír un poco.

Un poquito.

Dejé el cubo y la ropa en el suelo, y me imaginé que sostenía un violín. Ya me había acostumbrado a ese juego. A veces me parecía que yo misma lo veía. Acerqué mis manos a las suyas. Quien nos contemplara habría dicho que yo estaba realizando una ofrenda y

él la aceptaba. Sus pequeñas manos lo *tomaron* y ejecutó la mímica de colocar el instrumento bajo la barbilla y coger el arco.

—Gracias, señorita McCarey. Qué haría yo sin usted.

—No se mueva mucho —dije algo preocupada—. Su... herida está cicatrizada, pero no le conviene hacer gestos violentos... Toque algo suave.

—No hay nada suave en los *Caprichos* —dijo el señor X con solemnidad.

—¡Los caprichos son los suyos! ¡Es absurdo querer abrir una herida ya cerrada!

—¿Más que no querer cerrar una que sigue abierta? —Su sonrisa era sibilina mientras hacía los gestos de afinación—. Y si ya ha terminado de discutirme todo lo que le pido, diga que no me molesten hasta la cena.

Sus bracitos gesticularon con furia demoníaca.

- 4 -

Y era cierto lo de Arbunthot, vaya si lo era.

Al salir, encontré la puerta de la habitación contigua abierta. Se oían ruidos.

Me asomé y, al pronto, no pude creerlo.

Habían quitado todos los muebles y hasta las cortinas moradas que tanto placían a su anterior inquilino. Solo persistía la cama de dosel. La chimenea, vecina a la de mi paciente, compartía su tiro estropeado y también la habían limpiado. Hettie Walters y otra criada se afanaban con escobas y trapos. ¿Qué había hecho Ponsby con el señor Arbunthot? ¿Quizá arrojarlo por la ventana?

—Oh, al señor Arbunthot lo han mudado a la quinta habitación del ala oeste, en esta planta, Annie —me dijo Hettie—. Y no seré yo quien lo lamente, créeme.

—Ni yo —dijo la joven criada, encargada de limpiar la cómoda.

En aquella cómoda, recordé, Arbunthot colocaba los daguerrotipos de obras clandestinas a las que había asistido. Todos eran

muy *obscenos*. Arbunthot había querido ser actor, pero como no había podido, se había aficionado a ir a los teatros clandestinos. Su recorrido había sido el opuesto al de mi hermano Andy, que quiso también ser actor, pero lo dejó al contemplar su primer clandestino. A ninguna nos gustaba Arbunthot porque padecía *eso* que no puede ser nombrado y que contraen los caballeros que visitan demasiados tugurios. Su predilección eran las mujeres gruesas, y Hettie y nuestra jefa Braddock se mantenían a distancia de él. Aunque era sabido que quien le gustaba de verdad era Braddock. Pero ¡misterios del corazón humano!, no nos atrevíamos a decírselo a Hettie. De alguna forma, pensábamos que se ofendería.

Otro misterio: antes, aquella habitación me *escandalizaba*, pero ahora su cruda y vacía desnudez me apenaba profundamente. Me preguntaba cómo era posible que el doctor Ponsonby hubiera accedido a mudar a un residente para complacer a otro. ¿Era solo por dinero? La familia de Arbunthot también era rica. Allí estaba pasando algo.

Observé a Hettie moviendo la escoba con la parsimonia con que hacía todo su trabajo, a diferencia de lo nerviosa que se ponía cuando hablaba.

Hettie Walters. La primera persona que me había recibido en Clarendon House cuando llegué tres meses antes. Supuse que le habrían ofrecido la explicación común de mi incalificable acción, y dudé sobre si sería capaz de entenderla. Más importante aún: ¿habría sitio de nuevo para mí en su orondo corazón maternal? ¿Era la misma Hettie de siempre conmigo o me estaba barriendo, fría, rítmicamente, como el polvo de la habitación de Arbunthot? De repente me parecía muy importante ser, a ojos de los demás, la que había sido.

Entonces Hettie habló de nuevo, sin mirarme.

—¿Has ido a ver *Caperucita negra* en el Victory, Annie?

Le dije que no y sonrió pícaramente, enrojeciéndose desde la cofia a la papada.

—¿Es... *escandalosa*? —dije.

—Uh, uh, uuuuh... —canturreó—. ¡Te preguntas cómo puede haber mujeres que hagan eso...! —Y la criada rio con ella mostrando dos huecos en sus dientes.

Sonreí. Si Hettie me recomendaba obras de teatro *escandalosas*, es que era la misma Hettie de siempre.

- 5 -

Susie Trench, a quien me encontré en el pasillo, me dijo que Ponsonby nos había citado a las enfermeras en su despacho. De hecho, yo pensaba ir para averiguar a qué se debía aquella mudanza. El despacho del director de Clarendon se hallaba en la primera planta, junto a la oficina de contabilidad de Weedon. Ponsonby no estaba cuando llegamos, tan solo Nellie y Jane. Susie se situó de pie junto a ellas a un lado de la puerta dejándome a mí sola en el otro. Se oía, detrás de Jane, un ruidillo como de huesos pequeños entrecuchando: la anciana señora Murray hacía su labor de punto junto a la ventana. Ni siquiera nos miró.

—Hola, Anne —dijo Nellie.

—Anne —dijo Jane bajo su velo de *decencia*, la única lo bastante joven y bella para tener que llevarlo.

—El doctor Ponsonby ha bajado al sótano con la señorita Braddock —dijo Nellie—. Vendrá ahora.

—¿Al sótano? —dije.

—Sí. Tampoco nosotras entendemos por qué. Y han mudado a Arbunthot.

—Pasan cosas raras —dijo Jane. Me miraban como si yo fuese una de tales cosas.

—Anne McCarey. —Oí la voz gangosa de la señora Murray—. ¿Sigues cuidando al monstruo?

Las demás la reconvinieron sin mucho ánimo. Sentí que enrojecía bajo mi cofia.

—Señora Murray, el señor X es un residente más. Le ruego que...



—Un residente más... —No apartaba la vista de su labor. Se sentaba de perfil junto a la ventana que daba al pequeño jardín—. Junto al cual hiciste cosas horribles...

Quedé en silencio. Eso fue lo peor: ese silencio en el que no supe contestar nada. Lo interrumpió la llegada de Ponsonby, seguido de Mary Braddock. El director lanzó un posesivo vistazo a su alrededor y se detuvo en mí, como si intentara recordar quién era. Entonces se apartó y rodeó el escritorio para enfrentarnos. Mary Braddock, quizá a falta de mejor sitio —aunque quiero pensar que fue por animarme—, se colocó junto a mí.

Ponsonby se hallaba sumido en el «estado Ponsonby»: rojizo, exultante, consciente de su papel. Alzaba la calva cabeza, su perilla engominada señalaba la eternidad, tamborileaba con los dedos en el cráneo frenológico que adornaba su mesa. Su sentido del deber era tal que no se permitía decir una sentencia sin añadir algo que la desmintiera, quizá para incluir posibles excepciones. Eso hacía su lenguaje difícil.

—Bien, primero de todo... O quizá no primero de todo, pero antes de nada, dar la bienvenida a... a la señorita... —Lo ayudé recordándole mi apellido—. La señorita McCarey, sí. Estamos muy complacidos de su regreso a esta casa. Lo siguiente es que, como quizá ya saben, o quizá no saben, Clarendon House va a resplandecer con la visita de un hombre egregio, amigo de nuestro residente el señor X. Las he citado para decirles que este huésped ha de ser perfectamente atendido, aunque no sea un residente propiamente dicho. Es decir, lo es y no lo es. Residirá aquí, aunque no sea del todo un residente. He dispuesto para este caballero el dormitorio contiguo al del señor X, siguiendo instrucciones de este último, aunque para ello hayamos tenido que provocar ciertas..., no diré que muchas, pero algunas molestias en el residente señor Abercrombie... ¿Cómo se encuentra, por cierto, este señor, señorita Troy?

Susie Trench, la enfermera que lo atendía, entregó sus frases a medio hacer.

—El señor Arbunthot... Molesto, señor... No he hablado con él...

—Pues hágale una visita, señorita Taylor, pídale disculpas y muéstrese comprensiva. En Clarendon House no hay residentes de segunda. Podrá haberlos más o menos difíciles, pero todos son de primera. O la mayoría. La *inmensa* mayoría.

—¿Debo... hablar con él, doctor...? —Susie abrió mucho sus ojos de por sí grandes ojos, asustada.

—Es lo que he dicho.

—Iré yo —terció Nellie—. Soy la mayor. Sabré entendérmelas.

Nellie, además, estaba casada y tenía hijos. Eso le daba cierto empaque a su persona. Pero, por la cara que ponía, su empaque no la defendía de aquel encargo.

—No te preocupes, Nellie, yo... —Susie titubeaba—. Soy su enfermera...

—Quizá pueda probar yo —intervino Jane. Y Susie y Nellie dijeron a la vez «no», *escandalizadas*. Ambas cuidaban de la joven Jane.

Yo sabía lo que pasaba, claro: la *obscenidad* pertenecía a los escenarios y Arbunthot la había incorporado a su vida privada. Estaba *marcado*.

La señora Murray soltó una risotada como un graznido.

—¡Ninguna niña quiere visitar al «marqués» de Arbunthot! Si a alguien le interesa mi opinión...

Ponsonby la interrumpió con energía, pero sin irritación.

—Nos interesa, pero no ahora, señora Murray.

La anciana no le hizo caso. Podía permitírsele. Era toda una leyenda en Clarendon. Había trabajado al servicio del padre de Ponsonby y este la conservaba como se hace con el retrato de un bisabuelo, con cierto cariño distante, pero le permitía libertades que las demás ni soñábamos con gozar. Y hacía otra excepción con ella: nunca se equivocaba con su apellido.

—Perdón, Ponsonby, pero debo decir esto —replicó despacio la anciana, como soportando el peso de tantas palabras pronunciadas a lo largo de su longeva vida—: ese hombre «egregio» no va a traer nada bueno a Clarendon House, entérate de una vez. Porque es amigo del señor X, el brujo. Y todo amigo de ese ser es igualmente maligno.

El incómodo, ominoso silencio, lo quebró de nuevo el «estado Ponsonby».

—Gracias, señora Murray. Continúo, si no le importa. Que vaya a verle quien quiera, pero háganlo. Se le explica con cortesía que todos estamos sometidos a mareas más fuertes que la voluntad individual. No del todo, pero en cierto grado sí. Cuando esto pase, podrá regresar a su habitación si así gusta.

La metáfora de la marea nos dejó abatidas. Se oyó entonces a Braddock.

—Elegid quién va de vosotras, porque yo no pienso ir.

En eso todas estaban de acuerdo: a la jefa no iban a hacerla pasar por esa humillación. Como ya dije, al señor Arbunthot le gustaba Mary Braddock.

Entonces, antes de que alguien dijera algo más, alcé la mano.

—Iré yo, doctor Ponsonby. He pasado un mes fuera y... me servirá para no perder la costumbre de atender a otros residentes.

¿Les ha ocurrido que dicen ustedes una frase que es *la* frase y lo cambia todo de arriba abajo? Bueno, pues eso.

Las caras de mis compañeras mostraban diversos grados de alivio y gratitud.

—No veo por qué no, señorita McPearson. Hágale una visita. No ha de ser él quien impida que esta casa resplandezca. —Y aquí Ponsonby entró de nuevo en el «estado Ponsonby». Porque les aseguro que Clarendon va a resplandecer como nunca...

—Qué obsesión —cortó la señora Murray—. Pon más lámparas si quieres, anda.

- 6 -

Presentarme voluntaria para la misión fue un éxito. Susie me lo agradeció con una sonrisa. Nellie me invitó —«No se te habrá olvidado que...»— a la reunión de Enfermeras del Té al día siguiente. Jane Wimpole acarició mi oído con su velo de *decencia* al preguntarme, entre risitas afables, si había ido a ver *Caperucita*

negra y *Vasijas rotas*. Me aceptaban de nuevo, y yo sentía un alivio inmenso.

Quién sabe qué pensaban sobre aquel acto horrible que yo había cometido, pero el aprecio que me tenían seguía intacto.

Braddock se quedó conmigo en el vestíbulo cuando todas se alejaron. Arrugaba las facciones en el centro de su redonda cabeza, bajo la cofia mitral.

—Te lo agradezco, Annie. El señor Arbunthot... Bueno, ya sabes, ha cometido sus errores en la vida, sí. Pero se merece un trato humano. ¿Cómo estás?

Mis ojos se nublaron, sentí un nudo en la garganta.

—Contenta de haber regresado, Mary —dije.

—Anne.

Me había rodeado el cuerpo con sus gordezuelos brazos igual que en el hospital, pero en aquel entonces me había sentido de manera muy diferente. Me dejé abrazar.

Mary Braddock se había convertido, al cabo del tiempo, en una buena amiga. Fue ella la primera en acudir a mis gritos cuando recuperé la conciencia lo suficiente para arrojar el cuchillo y pedir ayuda. Empezó a dar órdenes sin preguntarme nada, sin exigirme nada, sabiendo que luego obtendría una explicación, depositando toda su confianza en mí. Me acompañó en el carruaje, con Jimmy Pigott y el pequeño niño que era el señor X desangrándose en sus brazos, hacia el Royal Portsmouth. Recuerdo cada detalle de ese horror. En el hospital nos había atendido un cirujano llamado Wallace Potter, de la vieja escuela. De esos que creen que ponerse guantes y cubrirse la nariz y la boca es de «afeminados», y rechazaba el cloroformo porque —afirmaba— el grito del paciente era prueba diagnóstica de su dolor. Frase irreprochable, por cierto. Todo lo que no se podía amputar, no le interesaba.

Potter había husmeado la herida alzando sus espesas patillas, como un perdiguero.

—No huele a piemía, bah —dijo, y la lavó y cerró tras comprobar, malhumorado, que no había nada amputable que llevarse a la

boca—. Se curará, salvo si Madame Fiebre le hace una visita de cortesía, claro.

«Madame Fiebre», el nombre con que Potter, cariñosamente, había bautizado a la gangrena, se asomó esa noche: yo soñé que la veía. Tenía ojos de huevo de mosca, aliento de lepra y dedos despelados y ardientes, pero sus facciones eran las de Henry Marvel jr., alias «señor Y», y me miraba lleno de humor.

—Qué cosquillas, ¿eh, Anne? —decía—. ¡Eso sí que fueron *cosquillas*! ¿Te reíste mucho, Anne? Podemos seguir haciéndotelas. Ya verás. ¡¡TE MORIRÁS DE RISA!!

Y vi cómo se inclinaba sobre mi paciente y le dejaba un beso de fiebre en la frente. Cuando desperté gritando y llorando aquella inolvidable primera noche de hospital, Mary Braddock estaba a mi lado.

—¡Anne, Anne, solo ha sido una pesadilla! —Me abrazó.

Una semana más tarde, Potter dijo que estaba fuera de peligro, pero que le quedaría una cicatriz muy fea.

Por un momento pensé que se refería a mí.

Se me hizo muy largo aquel tiempo. Seguían pesándome las horas incluso cuando el señor X mejoró y yo ya no dormía junto a él, sino en una habitación que habían dispuesto para mí las amables compañeras del Royal. A veces, en los últimos días, cuando ya iban a darle el alta, pasaba una mañana o una tarde enteras sin verlo, porque no era necesaria mi presencia y porque prefería quedarme en aquel cuartucho sin ventanas para llorar a solas.

Recibimos muchas visitas, desde luego.

Todas mis compañeras de Clarendon vinieron. No era que el viaje fuese costoso: Clarendon se hallaba en Southsea, el área noble, y el Royal —como lo llamamos las que somos de Portsmouth— quedaba al oeste, cerca de los muelles, pero si ustedes han recibido alguna vez el bálsamo de la presencia de un amigo en medio de la desgracia, sabrán que nuestra gratitud para con ellos no depende de la distancia que hayan recorrido para venir.

Y todas trajeron algo: Nellie Worrington, dibujos de sus críos para el señor X con la leyenda «*Pónase megor, señor*»; Susie, unos



pastelillos de la señora Gillespie; Jane, un pañuelo de caballero; la señora Gillespie, más pastelillos de su riquísimo horno; hasta Hettie Walters, llorando y riendo como siempre, llevó un plato con un poco de cordero sobrante del cumpleaños de lord Alfred C., porque la buena mujer sabía que el señor X no perdonaba ni los huesecillos de un buen cordero.

Pero Mary Braddock, además de flores, trajo algo más.

Como he dicho, era bajita y muy obesa, y todo eso se acentuaba debido a la ausencia de la cofia mitral, sustituida por un sombrerito azul. Pero su mirada, abierta y sincera, la embelleció más que un teatro de danza a una bailarina jovencita.

Fue la única que no mencionó nada de lo ocurrido al empezar a hablar. Ni «lo siento», ni «cómo estás».

En vez de eso, se me acercó y sonrió.

—Jane y Susie están intentando convencerme para que vaya al teatro con ellas este fin de semana. Hay muchos estrenos en la reapertura, tras lo del... Bueno, lo del Asesino de Mendigos... ¿Has oído hablar de esa búsqueda del tesoro para adultos en las afueras, *La mujer... del japonés*?

—*La mujer escrita por un japonés* —dije. Incluso en el hospital se comentaban muchas cosas sobre aquel teatro al aire libre con una muchacha tatuada.

—Eso. Y estrenan un melodrama semidepravado en el Victory, *Caperucita negra*; y en el Lighthouse, *Vasijas rotas*, que dicen que es una de las mejores provocaciones de la temporada... Pero ya sabes que no me gusta el teatro humano.

Era cierto. A Mary Braddock le gustaban solo los marionetismos: muñecos, «humanecos», títeres, chinescas, trampantojos y triquiñuelas.

—Puedes probar a ver algún humano —dije sin prestar mucha atención.

—Creo que lo haré, sí. De hecho... —Y se inclinó hacia mí—. Te confieso que no me gusta el teatro humano porque me emociona demasiado ver a personas de carne y hueso en el escenario. —Aquello me sorprendió—. Oh, ya sé, soy enfermera, estoy acostumbrada

al sufrimiento, pero... las emociones del teatro..., sobre todo las de las mujeres..., son las mismas que soportamos diariamente en nuestro callado mundo, Anne, solo que las actrices, además, son jóvenes y suelen quitarse la ropa... No puedo con eso... Estarás pensando que me parezco a Hettie... —Sonrió, incómoda.

—Te pareces a Mary Braddock —dije.

Nuestros ojos se humedecieron a la vez. Y de repente cambió de tema.

—Anne, sé el tormento por el que estás pasando.

—Gracias —le dije.

—No he entendido muy bien todo lo que ocurrió. El doctor Ponsonby nos hizo un resumen, a su estilo: «No digo que sí ni digo del todo que no». —Consiguí hacerme sonreír—. Lo que sé con seguridad es que no eras tú. Fuera hipnosis o lo que fuese, no eras tú. —Y una de sus gordezuelas manos venció la distancia que la separaba de mi brazo—. Tú eres esta. Y aquí estoy, Anne, para lo que necesites.

Recibí sus palabras y su abrazo como una brisa en un día de calor.

Y recordé aquel encuentro al abrazarnos ahora en Clarendon.

—¿Fuiste a ver *Caperucita* o *Vasijas* al final? —le pregunté sonriente.

—*Caperucita*. Pero no me gustó: una mujer sola en el escenario, *indecente* del todo, asustada, rodeada de oscuridad... Una oscuridad que ella podía tocar, hecha de trapos... El público aplaudió a rabiar, pero yo no entiendo ese teatro...

—Creo que a mí tampoco me gustaría —le dije, y me incliné hacia ella—. Mary, ¿Ponsonby ha mudado a Arbunthot solo porque el señor X se lo ha pedido?

Braddock me devolvió el cuchicheo. Tuve la sensación de que era de eso de lo que quería hablar. Nuestras cofias se rozaban como los cuellos de dos extraños animales.

—Te juro que no lo sé. Esta mañana me ordenó que lo acompañara al sótano. ¡Al sótano! Ya puedes imaginar, Anne. Es un lugar

horrible, oscuro, maloliente... Sentí miedo. Me acordé de *Caperucita negra*. Me dijo que estaba esperando la llegada de unos «sabios». ¡Estaba tan... extraño! Dijo que iba a contratar a gente para que sacaran todos los cachivaches de allí. Me ordenó supervisar la limpieza.

—¿Qué piensa hacer? —Me asusté.

—No ha querido decirme nada. Pero creo que tiene relación con... —y aquí bajó más la voz— la *visita*. El amigo del señor X.

Por más que cavilé, no logré imaginar qué vínculo podía unir al pastor y matemático amigo de mi paciente con lo que fuese a hacer Ponsonby en el sótano.

La tranquilicé. Le dije que, sin duda, esperaba la llegada de unas eminencias que nada tenían que ver con esa visita y quería reformar Clarendon para dar buena impresión. Mary Braddock no pareció muy convencida. Y algo más la atormentaba.

—Annie, perdona que te pregunte, pero necesito saberlo... Ese malvado... El que suplantaba al doctor Doyle y te hizo esa hipnosis... ¿Hay otros como él?

Desvié la mirada de sus ojillos, sometidos al tic que a veces la perturbaba.

—No, Mary. Todo eso ha quedado atrás, te lo aseguro.

¡Oh, Anne, qué mentirosa puedes ser a veces!

Asintió despacio, parpadeando, y puso una de sus manos en mi brazo.

—Gracias por ir a consolar al señor Arbunthot. Es un pobre hombre. ¡Me alegro tanto de que hayas vuelto!

La vi alejarse lentamente, su cuerpo redondo y digno.

Me sentía mal por haberla mentido, aunque ¿quién podía saberlo? ¿Y si el señor X se equivocaba esta vez, para variar? ¿Y si los Diez, o los Nueve —habíamos eliminado a uno, ¿no?—, o cuantos fuesen aquellos terribles individuos nos dejaban por fin en paz a mi paciente y a mí?

Pero no me lo creía ni en sueños.

Nunca mejor dicho.